



CAPITULO CUARTO.

Diversiones turcas.—Casita de la Santísima Virgen.—Bazares.—Museo.—Descripción.—Desgracia.—Cochero aprehendido.—Valentía de nuestro Cicerone.—En libertad.—Estación del Ferrocarril falta de asientos.—Partida.

ERA la una de la tarde cuando de vuelta á la ciudad entrábamos en nuestros coches abiertos llenos de satisfacción y dirigiéndonos á los hoteles ó más bien dicho al Bristol porque aunque estábamos divididos, sin embargo, los alimentos se tomaban sólo en éste, pues en el otro no había *Restaurant*. Un buen apetito teníamos y alegres platicábamos y miles de preguntas

hacíamos. Estando sentados en la mesa se nos notició que á las tres estarían de nuevo listos los coches para ver si era posible quedase terminada nuestra visita á los principales lugares de la población. Concluimos de comer y en las sillas que en la puerta de hotel se encuentran tomamos asiento esperando la hora de la partida.

Un muchachito como de doce años nos dejó asombrados, pues presentóse delante de nosotros y sin decir una palabra fué sacando de una bolsa como de una cuarta de largo y media de ancho, unas feas víboras que en el suelo ponía con la mano y jugaba con ellas, teniéndolas tan bien enseñadas que con una varita las tocaba y luego los animales se paraban y sacaban la lengua. He aquí que cuando mostrando sus habilidades estaban tanto el muchacho como las víboras, viene el gendarme y le da un empellón, así se habla y así se entiende por estos lugares, pero entre la gente humilde, y las víboras por un lado quedaron y el hábil domador por tierra estaba tendido; llorando la pobre criatura se levantó, recogió sus animalitos y se fué retirando, más recogiendo la limosna que aunque pe-

queña le ofrecimos, no tanto por sus habilidades, porque esta diversión nos llenaba de horror en lugar de causarnos algún placer, sino por ver la manera tan brusca como lo habían tratado y que hasta la mágica varita había sido destruida.

—Las tres, señores peregrinos, las tres son, el Sr. Obispo llama; el cicerone nos espera, los coches están preparados y es menester no perder el tiempo.

— P. Barbosa, por Dios, ¿dónde andaba?

—¿Quién falta? pregunta el Ilmo. Sr. Fierro.

—A ver, el P. Gonzalitos, Don Rafaelito.

— A ver, uno, dos, tres, cinco, once, catorce, veinte, veinticinco, faltan dos ¿quienes son?

—Allá vienen los mismos que decían. A ver cómo se acomodan. Falta el P. Daza de asiento,—decían.— Que se venga conmigo —replicaba nuestro cariñoso padre el Sr. Obispo.

No sabemos ni cómo llamarle, pues las acciones tan generosas que con todos hiciera y la vigilancia, el cuidado, y . . . creo

que ni el más amoroso padre, ni el más generoso amigo, ni el esposo más amante igualaría al que con justo motivo es digno de nuestra eterna gratitud y de todo nuestro pobre y humilde cariño.

“A la casita donde oculto estuviera Sr. San José con su Santísima esposa y su Divino Hijo” gritó el cicerone, muy rechoncho y colorado y por cierto muy imponente. Los aurigas obedecieron sin réplica y los jamelgos se echaron á correr, ¡ah! ¡pero por dónde? por unos asquerosos callejones, unas calles muy indecentes, en una palabra; el trayecto recorrido poco en verdad era, pero los miasmas que despedían venían á ofender nuestro olfato y no había remedio; llegamos á un lugar tan asqueroso y tan estrecho que fué preciso bajarnos del carruaje para poder penetrar á la santísima casita.

Creo que el lector lo mismo que nosotros al ver u oír nombrar este lugar histórico y santificado con la presencia de tres personas santísimas, es decir, del Castísimo Patriarca Sr. San José, de la Virgen Santísima su Esposa y del Rey de los Cielos y Señor de la Majestad, Cristo Jesús, esperará encontrarse con una magnífica Basílica, siquiera

con una mediana Iglesia donde se veneren estos santísimos personajes y en memoria del favor dispensado á este pueblo, un monumento se encontrará erigido. Pues no se ñores, equivocados estáis. Haced á un lado cuanto á vuestra imaginación se presente de bello y majestuoso, de gratitud y de reconocimiento. Olvidado ha quedado para siempre y la más humilde casa, no digamos templo estará sin duda más limpia, aseada y decorada que este humilde lugar.

¡Oh! decíamos desde que atravesábamos un pasadizo que da acceso á una especie de subterráneo donde se encuentra un poyito donde se dice y afirma la tradición constante y nunca desmentida de que estuvieron ocultos Jesús, María y José cuando la persecución de Herodes, y como según leemos en el Evangelio, aconteció cuando el ángel en sueños á José se apareció y *fuge in oegiptum*, le dice, *esto ibi usque, dum dicam tibi*. Pues en el Egipto estamos y en el lugar donde esperara las órdenes del Eterno por medio del Ángel para regresarse á Nazaret.

Ni un altar, ni una nada se encuentra en este lugar; sólo arriba se ve una especie de capilla, pero muy desaseada, muy fea y que

todo parece menos lo que llevo dicho, y los disidentes tienen en este lugar su culto. Un momento estuvimos en este sitio y con el corazón oprimido de tristeza nos fuimos retirando y ya en la puerta se había colocado un hombre con un plato para recoger limosna y á todos nos fué pidiendo, habiendo dado el guía veinte francos por todos; es decir, ocho pesos ochenta centavos nos costó la visita á este lugar tan feo, digo por el descuido y abandono en que se encuentra; por lo demás, tan santo y digno de mejor suerte. — ¡Ojalá, replicó el P. Delgado, que poseyera nuestra católica Méjico este lugar! Felices seríamos, si fuera posible, más de lo que somos con la presencia de Nuestra Santísima Virgen del Tepeyac.

Sí, indudablemente estaría de otro modo y sería el objeto de la devoción y culto de todos nosotros. Dios sabe lo que hace y adivinar sus altos designios no es posible.

De uno en uno fuimos saliendo y acomodándonos luego en los coches para regresar al hotel, pues el museo, que era lo único que nos faltaba, habíase determinado se visitara al día siguiente, aprovechando la mañana que aún nos restaba de permanen-

cia en esta población. Con esta determinación, cada uno fué tomando el rumbo que le parecía para dar una vuelta por la población, mas en el camino que al hotel nos conducía nos paramos para ir á unas calles muy concurridas, y cuyo nombre es del Bazar, donde hay muchos comercios y casi todos de españoles, los cuales, tan pronto como nos veían, comprendían que el idioma de Cervantes era también el nuestro, y por la fisonomía ó no sé por qué, luego nos saludaban, “¿cómo están ustedes?” nos decían, y luego, á lo que te *truje*, como dicen los inditos de mi tierra, empezaron á ofrecernos éste y aquel género, por supuesto como lo saben hacer. En obsequio de la verdad, muy preciosas telas y ricos bordados se encuentran en estos comercios, pero también un poco caritos, y siempre, como extranjeros que éramos, algo aumentarían su valor. Todos nos llamaban y á todas partes pretendían hacernos entrar, y la ocasión de vender se la disputaban á la vez. Algunos géneros compraron la Srita. Orendáin y la esposa del Sr. Seisniega, quienes también eran compatriotas, al menos la señora, que es oriunda de Durango, Méjico, y cuyo es-

poso es español; así como el Señor Obispo, que se hizo de unas curiosas cajitas, y el Padre Gonzalitos, que también lo imitó. Ya para ponerse el sol, dejando los coches en el sitio donde nos bajamos, tomamos por otro rumbo y nos fuimos al hotel.

Con esto terminó el día veintiuno de Marzo de 1898, y esperaremos el siguiente, que de lo que veamos daré razón á mis pacientes lectores.

Sereno y claro apareció este día, convidándonos á recorrer lo que faltaba. Nos desayunamos tan sólo, y tomando los coches, nos dirigimos al museo, edificio público y de bastante importancia. Al efecto, atravesamos el Nilo y recorrimos alguna distancia, para poder llegar al lugar que iba á ser objeto de nuestra visita. El mismo camino que conduce á las pirámides tomamos, pues es el que debe tomar el turista que desee llegar á este edificio. Más de media hora se emplea en recorrer el trayecto que hay de la ciudad al Museo y que mide una legua poco más ó menos. El frontis es de cantera bien pulida y está situado en medio de un precioso y aromático jardín, pudiendo penetrar los coches hasta la

entrada del Museo. Un franco por persona es la cuota establecida por el gobierno. Varios departamentos tiene, y contiene muchos objetos extranjeros aún; pero lo que más se ve y por todas partes se encuentran, son sarcófagos muy antiguos y varios esqueletos y momias.

Apenas podríamos recorrer los inmensos salones que tiene, ya por la premura del tiempo, ya también porque los guardias ó porteros que se encuentran en cada salón no permiten el que regrese uno, sino que entrando, es indispensable recorrer todos los salones hasta encontrarse con la salida. Las once iban á dar y debíamos violentarnos para estar en la estación del ferrocarril á las doce, en que íbamos á marchar, abandonando la ciudad del Cairo, la que adelanta un poco y tiene sus tranvías eléctricas, debido, según afirman, al concurso de los europeos, que en gran número se encuentran, así como también al gobierno inglés, que como se sabe, es su tutor, y la tropa que guarnece esta población es toda de la misma nacionalidad.

Tomábamos asiento en los coches, conforme salíamos del museo, hasta que se pasa-

ra lista y nos hallaran todos completos. Derechos y á gran prisa tomaron á la estación los aurigas árabes, pero como del punto donde nos encontrábamos está bastante retirado, algún tiempo había que emplear, fuera de que no contábamos con lo que nos pasó un poco después de haber salido del museo, y poco faltó para que nos trastoráramos del todo, y fué que uno de los cocheros atropelló con el carruaje á un ciego, sin haberle causado algún mal; pero nunca hubiera hecho, el policía lo hizo descender y quería llevárselo consigo, parando por consiguiente el coche. En el momento se formó una bolita regular y entre ella se encontraba en primer lugar nuestro cicero, que en verdad él arregló las cosas; habló mucho, es cierto, con energía, y accionaba de tal modo que nos temíamos tomaran otro sesgo las cosas, pero no, gracias á Dios, mucho hablaron y de lo cual nada entendimos; después de unos diez minutos de averiguación, el auriga, con su gorro encarnado, saltaba al coche, la reunión se disolvió, nuestro intérprete se dirigió á su lugar y todos nos encaminamos á la estación.

Luego nos fuimos colocando según abandonábamos los coches á fin de no sufrir algunos trastornos. El intérprete cobraba sus honorarios porque había concluido su compromiso, y treinta francos le entregó nuestro Sr. Presidente para que regresase á Alejandría. El agente Cook se encargó de arreglarnos todo en el tren, y aun alegar á la Compañía, porque no eran suficientes los coches para los veinte y siete peregrinos mejicanos, exigiendo nos pusieran un especial para que fuéramos cómodamente, lo cual aunque con algún trabajo lo consiguió. De aquí es que unos momentos tuvimos que esperar, y la máquina arrastraba el coche que nos había de conducir, muy cómodo y de primera clase; y luego que fué enganchado lo asaltamos violentamente, acomodándonos con desahogo, y no permitían la entrada á algun otro que no fuese de la *partida*, como en un periódico que no recuerdo su nombre, anunciaba nuestra llegada de la manera siguiente: "ha llegado á esta población el Sr. Obispo Fierro, con una *partida* de veinte y siete peregrinos mejicanos."